EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena. Liberato Montells y Garcia. Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de olla, trimestre 30.

Viernes 23 de Agosto.

El Eco de Cartagena

UNA PRIMERA EN GLOBO.

Se trata de una primera representación á 400 metros en el aire. Antes de admitir al público en las ascensiones del inmenso globo cautivo, que hace algunas semanas llama la atención en la plaza de Carrousel, se ha hecho un ensayo, invitando para ello á algunos periodistas. Es una delicada atención, que se debe agradecer á M. Giffard, el empresario de los nuevos viajes aéreos. Porque no es un globo ordinario, y ántes de las pruebas, hechas con buen éxito estos días, era difícil no prestar atención á los que aseguraban que no era posible dirigir la fuerza de ascension de un globo de aquel tamaño; que bastaba ver en los puertos los días de tempestad, como se rompían como hilos los cables, mucho más fuertes que los del globo, y que su ruptura sería fatal á los viajeros.

Hoy las experiencias hechas, responden victoriosamente á estos temores, y los que, como yo, han tomado parte en las pruebas, os dirán que un viaje en camino de hierro presenta más peligros.

El globo tiene 10 metros más alto que el arco de la estrella, y su diámetro es como el cimborrio de Santa Sofía de Constantinopla. El cable se enrolla sobre una cámbria de vapor, de 42.000 kilos de peso, movido por máquinas de 300 caballos. Un niño puede dirigir los movimientos, y en la invención é instalación de esta admirable máquina, se revela el génio de M. Giffard, que tiene la manía de los globos, y á quien esta distracción cuesta unos 120.000 duros. En caso de tener buena acogida del público, todo lo que puede esperar, es resarcirse de los gastos.

El éxito lo creo seguro. Durante el día de ayer los principales redactores de los periódicos de París, personajes oficiales, artistas, celebridades de todas clases, invitados por el director de la empresa, M. Tissaudier,

único que sobrevive á la lamentable ascension del «Zenitt», se han elevado sucesivamente á grandes alturas. En el último viaje, de que formé parte, subimos hasta 400 metros. Eran las siete de la tarde; la puesta del sol daba á la ciudad como una aureola de oro; una niebla ligera se estendia por el campo de los alrededores como un velo de gasa, mientras la tierra se alejaba lentamente y el ruido de la capital parecia subir con nosotros.

¡Qué admirable golpe de vista! A medida que las cosas se enpequeñecen, que los monumentos se disminuyen, nos parece París más grande, más imponente. A nuestros piés, en la plaza del Carrousel, en las que los hombres parecen manchas negras. Vemos los baños fríos del Sena, y aun los de señoras, pero los bañistas nos parecen imperceptibles patos jugueteando en una laguna. Seguimos subiendo, y Dartois, uno de los aeronautas que nos acompaña, consulta el instrumento para medir, que acusa una fuerza de tracción de 5.000 kilogramos. El cable puede soportar una de 30.000.

Seguimos subiendo; las calles parecen líneas oscuras, haciendo zigzags á través de las casas. Notre Dame es una figurita recortada de la edición ilustrada de la novela de Victor Hugo. El Trocadero y el Campo de Marte parecen juguetes.—Eugenio, el otro aeronauta, hace una señal, la máquina de abajo se para, y despues de habernos quedado quietos unos minutos, empieza el globo á descender y nos deja en tierra sin el menor sacudimiento.

Al poner pié en tierra, me encuentro un amigo de los más simpáticos y de los más espirituales, que subió una vez en el globo cautivo de 1869, y que me parece dispuesto á renovar este viaje el año 1878. Verdad que su indiferencia por las regiones elevadas se justifica por el recuerdo de las emociones de su primer viaje vertical.

Aunque valiente y enérgico, no sentia deseos en 1869 de elevarse hasta las nubes, pero su amor propio, escitado por las burlas de sus

amigos, lo decidió al fin á tentar la aventura.

Tomó por cicerone y compañero de ascension á un amigo que habia hecho varias veces aquel viaje de placer; y Godard quiso hacerles la gracia de una ascension especial, no llevando sino á ellos dos.

—No quiero ofrecerlos la ascension de todo el mundo. Nosotros subiremos más alto que los demás.

—Es mucho honor,—baluceó el convidado, verdaderamente confundido de tanta amabilidad.

—¡Saltad todo!—gritó Godard.

Y el monstruo aéreo, se elevó hácia el azul insondable.

El aeronauta estaba de buen humor.

—Aun no hemos llegado,—continuó,—quero que se hable de esta ascension, iremos hasta allí arriba.... ¿Distinguen ustedes?

No muy bien,—contestó mi amigo,—pero estamos bien aquí...! la vista es soberbia, creo que no debiamos subir más.

—¡No subir más!—dijo Godard, agitando la bandera amarilla para avisar abajo que largasen mas cable.

—Nada iremos hasta el fin.

—Es muy téjoso.

—Ha de largarse toda la cuerda.

—¿Y si se rompe?

—Capaz es de ello, despues de seis meses de uso.

Y el globo subia, y el crugido de los aparejos y del cable, aumentaba la contrariedad del novicio viajero, que estaba blanco como la cera.

En fin se pensó en bajar: pero Godard dió un grito de sorpresa.

Habia dejado en tierra la bandera tricolor que servia para indicar que se queria descender.

Imposible hablarles desde aquí; lo más sencillo, quizás, seria cortar la cuerda; con ayuda de la Providencia llegaríamos esta noche á alguna parte.

Felizmente, y gracias á las desesperadas señales de los viajeros aéreos consiguieron, no sin trabajo, que los entendieran abajo.

Hé aquí por qué mi amigo no me parece dispuesto á merecer hoy la medalla conmemorativa que M. Giffard entrega á todos los viajeros.

Otro recuerdo de 1867. Una señora extranjera, muy conocida por su talento y aventuras, tuvo un día el capricho de arriesgarse á subir en la barquilla del globo sin que fuera el aeronauta.

En vano este último trató de oponerse á este capricho; ella quiso tener la satisfacción de ser á la vez pasajero y capitán del globo.

La sola persona que quiso la acompañase, fué uno de sus mejores amigos, hombre de muy buena sociedad, y bajo la expresa condicion que la dejaria tomar la direccion de la maniobra.

Todo pasó sin accidente ninguno y los atrevidos viajeros volvieron entusiasmados de aquella escursion aérea.

La noble extranjera habló mucho tiempo de las profundas impresiones que le habia hecho experimentar la vista del maravilloso panorama que habia contemplado desde tan alto.

Le quedó tal recuerdo, que quiso consagrar su entusiasmo de un modo durable, y más tarde se complacia, al contemplar una niña encantadora, que el cielo, su ex-vertido, le envió despues, en llamarla «la hija del aire.»

(Del «Figaro.»)

El reloj de bolsillo ha llegado á ser en París un artículo de primera necesidad; pero todos no pueden adquirir un objeto que supone siempre un gran desembolso; y al efecto, un gran fabricante construyó en metal blanco relojes que andan con mucha precision y que vende al precio de 6 franco 50 centimos.

Ha sido vendida en Florencia á pública subasta una de las más preciadas joyas de la obra maestra del Ticiano, como es el retrato de una nieta de Roberto Struzzi.

Nada más acabado y perfecto que aquel hermoso cuadro, en que brilla con todo su esplendor el colorido del maestro.

El gobierno prusiano, que le ha adquirido, le destina á enriquecer su ya suntuoso museo «Pinacoteca» de Berlin.